

N O T A S

SOBRE EL CONCEPTO DE MODERNIDAD

DE RUBEN DARIO

por Mátyás Horányi

LA LITERATURA crítica sobre el modernismo tuvo un auge considerable en estos últimos años. Existe incluso un balance sobre los estudios realizados hasta ahora¹. El autor de este balance, Antonio Melis, considera que las investigaciones sobre el modernismo tienen principalmente dos fallas. Primero, que las interpretaciones del concepto del modernismo no se adaptan suficientemente a la dialéctica de los fenómenos literarios, segundo, que no se conoce aún con seriedad ni siquiera la obra de los representantes más destacados del movimiento por la falta de una investigación sistemática y rigurosa.

Esta nota sobre el concepto de modernidad de Rubén Darío quiere llamar la atención al hecho de que Rubén Darío había concebido la modernidad en un sentido mucho más "moderno" y libre de intenciones preceptistas de lo que se suele pensar. Para la aclaración de este detalle utilizamos sus reportajes escritos sobre la España de fines del siglo².

*

Darío viajó a España por segunda vez, como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires a fines del año 1898, o sea, cuando la pérdida de las últimas colonias importantes de España impuso la necesidad de revisar el pasado y buscar una perspectiva nueva para el desarrollo de la nación y para solucionar los graves problemas que aquejaban a la sociedad española en el largo período de su decadencia. Darío llegó a España en un momento muy oportuno para presenciar y juzgar el desarrollo de los grandes movimientos —el modernismo y el noventayochismo— que dieron una nueva orientación a la literatura española moderna.

Darío tenía la doble ventaja de ser extranjero, de estar fuera de la conmoción intelectual española de fines de siglo y al mismo tiempo de ser uno de los iniciadores de la misma, de formar parte integrante

¹Melis, Antonio: "Bilancio degli studi sul modernismo hispanoamericano", 1968. In: *Lavori della Sezione Fiorentina del Gruppo Ispanistico C. N. R.*, serie II.

²*España contemporánea*, Garnier, París, 1901.

del grupo de escritores jóvenes que cambiaron radicalmente el clima espiritual y literario de la España de principios del siglo. Pudo juzgar, por lo tanto, muy de cerca pero con plena independencia los hechos decisivos que ocurrieron durante su estancia en España.

Estando consciente de estas ventajas, Darío aclaró su posición ya en el primer artículo escrito desde Madrid. Llegó a la "madre patria" como un pariente con profunda simpatía por los españoles y por la herencia cultural de los tiempos mejores: "Antes de concluir estas líneas debo declarar que no creo sea yo sospechoso de falta de afectos a España. He probado mis simpatías de manera que no admite el caso discusión" (pág. 30); "Y en cuanto a vos, don Alonso Quijano el Bueno, ya sabéis que siempre estaré de vuestro lado" (pág. 124).

Sin embargo, Darío no se identifica con el ambiente de la España contemporánea sino que actúa conscientemente como latinoamericano, estando orgulloso de haber sido enviado a la vieja y atrasada "madre patria" por la gran metrópoli argentina: "¡Buenos Aires! Hay que mirarlo de lejos para apreciarlo mejor" (pág. 31); "...me voy a mi casa pensando en la "azul y blanca" de Obligado, a escribir, contento de mi continente, y de la capital de mi continente, para mi diario" (pág. 69); "Allí entre nosotros solemos quejarnos. Yo ya no me quejo. Aguardemos nuestro otoño. ¡Oh!, argentinos, creed y esperad en ese gran Buenos Aires" (pág. 216).

Darío no fue a España para recoger impresiones poéticas sobre los recuerdos del antiguo esplendor sino para conocer la realidad social y cultural de la España contemporánea y para informar objetivamente a sus lectores americanos sobre la misma. Esta intención fue formulada claramente en el primer artículo enviado de Madrid: "No he de engañar a los españoles de América, y a todos los que me lean. *La Nación* me ha enviado a Madrid a que diga la verdad, y no he de decir sino lo que en realidad observe y sienta. Por eso me informo de todas partes..." (pág. 30).

Esta actitud crítica basada en una curiosidad intelectual que abarcó todos los sectores de la vida española y sobre todo la manera de interpretar los fenómenos culturales y literarios en base de un análisis de carácter sociológico debían sorprender a los españoles de parte de un poeta modernista. Debía sorprenderlos precisamente porque el modernismo o más bien la modernidad no tuvo el mismo significado en España y más allá del Océano.

Para Darío la modernidad no era sencillamente un estilo literario nuevo sino un concepto de progreso general tanto en la literatura y las artes como en todos los aspectos de la vida social. Leyendo los artículos recogidos en *España contemporánea*, es imposible no darse cuenta de que Darío estaba convencido de la necesidad y la utilidad del progreso social que en ciertos aspectos ya estaba realizándose en "su" Buenos Aires y más

aún en Barcelona. Por lo tanto, no se puede aceptar sin reservas la declaración aristocrática del prólogo de *Prosas Profanas*: "Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó hacer". Esta frase traduce solamente uno de los aspectos de la actitud contradictoria de Darío ante los problemas de su tiempo.

*

Del punto de vista del examen del concepto de modernidad de Darío tiene un interés especial el artículo titulado *El modernismo*. El modernismo no tuvo verdaderos manifiestos y no tuvo una definición exacta y satisfactoria. Tampoco Darío, quien dio nombre al movimiento, explica claramente su esencia. Por eso hay que recurrir a las explicaciones parciales que se encuentran dispersas en sus escritos.

En el artículo que lleva el título *El modernismo*, Darío afirma categóricamente que en vano se escribe tanto en los periódicos españoles de modernismo, de decadentismo, de estetas y prerrafaelitas porque fuera de Cataluña no hay rasgo de espíritu modernista en ningún lugar de España.

En esta afirmación no hay nada de extraño porque, efectivamente, en 1899, no se había publicado todavía ninguna obra notable que hubiera señalado un cambio decisivo en la orientación de la literatura española.

Lo que sí es interesante es la explicación que sigue la afirmación. Según Darío la falta del espíritu moderno en España se debe a hechos de carácter social, como la falta de conocimiento de idiomas extranjeros, la falta general de curiosidad intelectual y el desconocimiento completo del progreso mental del mundo. Apenas se encuentran librerías en Madrid donde se pueden conseguir libros extranjeros. Por lo tanto, los escritores no están enterados del estado actual de las literaturas extranjeras. Darío considera que lo que se llama modernismo en España es solamente un pálido reflejo de una moda mal comprendida.

Darío contrapone a la vida intelectual estancada y sin ideales de España el "inmenso deseo de progreso" de la nueva generación americana para promover un intercambio cultural y material con todas las naciones del mundo. No es una técnica o una poética modernista lo que reclama en los escritores españoles sino una actitud intelectual nueva, abierta a los problemas actuales de todo orden del mundo contemporáneo. Para él el escritor auténtico se caracteriza ante todo por una fuerte originalidad y una gran cultura. Entre los escritores latinoamericanos que lograron liberarse de las limitaciones de la tradición literaria de su propio país Darío destaca a Lugones, Jaimes Freyre y a Sicardi. Refiriéndose a este último, observa que "...esto no será modernismo, pero es verdad, es realidad de una vida nueva, certificación de la viva fuerza de un con-

tinente" (pág. 314). Tal afirmación, de parte de Darío, indudablemente no revela una poética realista, pero sí significa que, en su concepto, el escritor moderno debe estar ligado a la realidad de su tiempo y que, por lo tanto, la imagen de un Darío puramente evasionista es superficial e inaceptable.

Para Darío, modernismo parece significar modernidad de espíritu en un sentido mucho más amplio de lo puramente literario. Por eso no insiste en el término del modernismo y aún rechaza el modernismo externo, de superficie: "Hoy no se hace modernismo —ni se ha hecho nunca— con simples juegos de palabras y de ritmos" (pág. 315).

Lo esencial para Darío es el progreso general tanto en un sentido cultural como social. Y de este punto de vista América o por lo menos Buenos Aires estaba mucho más adelante que la vieja España. Este paralelo y esta manera de enfocar los fenómenos de la vida constituyen la clave de la interpretación rubendariana de la España contemporánea.

*

Darío desembarcó en Barcelona y se apresuró a conocer la vida bulliciosa, febrilmente activa de la capital de Cataluña. Su primera impresión era que en esa ciudad "triunfa un viento moderno que trae algo de porvenir; es la Social que está en el ambiente; es la imposición del fenómeno futuro que se deja ver" (pág. 10). Llamó su atención el gran número de carteles de buen nivel artístico, la gran cantidad de revistas y libros muy bien impresos y una serie de otros fenómenos que revelaban una vida cultural y artística intensa. Darío se da cuenta de que esta ciudad tiene "una ventana abierta a la luz universal" (pág. 20) y que un artista como Rusiñol "es floración que significa el triunfo de la vida moderna y la promesa del futuro" (pág. 20).

El reportaje escrito sobre Barcelona presenta el interés especial de que Darío insiste más en la modernidad de la vida social que en la de la vida literaria. Pasando un rato en el Café Colón llama su atención que un obrero, como no había mesa desocupada, se sentó con toda naturalidad a la misma mesa donde estaban conversando dos caballeros elegantemente vestidos. Fue servido, tomó su taza, pagó y se fue como había entrado "sin que los dos señores suspendiesen su conversación, ni se asombrasen de lo que en cualquiera otra parte sería acción osada e impertinente" (pág. 12). En este detalle Darío reconocía con entusiasmo la expresión de la conciencia de clase del obrero y la de una forma democrática de vida ya en parte realizada.

Darío quedó impresionado en Barcelona también por el hecho de que los obreros sabían leer y que la revolución social era un tema co-

tidiano en sus discusiones. Escribe detalladamente sobre las organizaciones obreras, el avance del anarquismo y los famosos atentados cuyos presuntos responsables fueron sometidos a terribles torturas que recordaban los peores días de la inquisición.

Cuando Darío declara que “se ha llegado aquí a la acción” (pág. 14), se le nota una simpatía profunda por el movimiento obrero y por el progreso social.

El cuadro que nos pinta de Madrid es completamente diferente, pero sus principios quedaron invariables. En Barcelona escribió que el nuevo orden de vida iba imponiéndose “sociológica y mentalmente”. Este mismo doble punto de vista lo guía también en Madrid.

Ya en Barcelona apuntó: “En Madrid me encontraré en otra atmósfera” (pág. 19). Efectivamente, en vez de los gérmenes de una nueva vida democrática llamaron su atención en Madrid “aquellas caricaturas verbales con que don Francisco de Quevedo significaba a las gentes madrileñas”, el gran número de mendigos y desocupados y el hecho singular de que se veía aun en las calles céntricas carretas tiradas por bueyes.

“Madrid es invariable en su espíritu” (pág. 21) —escribe Darío y queda asombrado ante la indiferencia casi increíble con que los madrileños aceptaron el desastre de 1898: “...pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia” (pág. 22). “El mal vino de arriba” (pág. 24) —dice— echando la culpa de esa indolencia moral a la “capa holgazana de Madrid”, a la clase dominante que todavía no se daba cuenta de lo grave que era la situación del país: “Ahora es el tiempo de buscar soluciones, de ver cómo se pone el país siquiera en una progresiva convalecencia; pero todo hasta hoy no pasa de la palabrería sonora propia de la raza, y cada cual profetiza, discurre y arregla el país a su manera” (pág. 24).

Además de una irresponsabilidad política los madrileños se caracterizan por el “desconocimiento del progreso mental del mundo” (pág. 26), por una actitud incomprensiva frente a toda sana iniciativa artística y mientras que los diarios dedican una columna entera “a la tentativa inocente de cualquier imberbe Garcilaso, no se escribe una noticia, por criterio competente, de obras americanas que en París o Londres, o Roma son juzgados por autoridades universales” (pág. 30).

Darío se estableció en Madrid y de allí, haciendo breves escapadas a otros lugares, informaba sistemáticamente a sus lectores americanos sobre todos los aspectos (políticos, económicos, culturales y sociales) de la España contemporánea. Sorprende la modernidad de sus reportajes en cuanto la mayoría de sus afirmaciones todavía hoy siguen siendo vigentes. Sin embargo, sus más profundas informaciones se refieren al campo cultural.

En cuanto a la situación de la instrucción pública, Darío revela verdades crueles: "la ignorancia española es inmensa. El número de anal-fabetos es colosal, comparando con cualquiera estadística. En ninguna parte de Europa está más descuidada la enseñanza" (pág. 280). Darío se documenta con cifras exactas. Mientras en Inglaterra se dedica el 8,5% del presupuesto total del estado a la enseñanza, en Francia el 6,5% y aun en Portugal, el 2,5%, en España solamente el 1,5%. Según Darío la España de fines del siglo xvii tenía un nivel cultural más elevado que la España de fines del siglo xix.

La vocación pedagógica simplemente no existía. "Los maestros, o mejor dicho, los que profesan la primera enseñanza, son desgraciados que suelen carecer de medios intelectuales o materiales para seguir otra carrera mejor. El maestro de escuela español es tipo de caricatura o de sainete. Es el eterno mamarracho hambriento y escuálido, víctima del gobierno..." (pág. 281). El maestro quiere que le llamen profesor aunque también se llaman profesores los barberos y sacamuelas. No hay que maravillarse, pues, si de "cada 100 niños aprobados de ingreso en el instituto, 90 saben apenas firmar y no hay uno que escriba el dictado correctamente; la lectura también pertenece para ellos a las ciencias ocultas" (pág. 282). Así los estudiantes llegan a la Universidad sin una preparación sólida y aunque tengan buenos profesores, un Unamuno o un Posada, no pueden aprovechar de sus cursos.

Darío caracteriza la situación de la crítica española con palabras igualmente severas. Según él la causa principal del bajo nivel del teatro español es que no existe en España una crítica competente, profesional. Tampoco son mejores las críticas literarias publicadas en periódicos y revistas. Prescindiendo de Clarín y Juan Valera y, entre los jóvenes, de Martínez Ruiz y Ramiro Maeztu apenas hay crítico que merezca tal nombre.

Pero la debilidad de la crítica es tan sólo uno de los aspectos de lo que llama en algún lugar "inferioridad informativa". En un artículo dedicado especialmente a las librerías y a las editoriales Darío afirma que hasta las mejores librerías madrileñas son inferiores a las más modestas de Buenos Aires. El que quiera estar al corriente de las literaturas extranjeras tiene que pedir libros directamente de Inglaterra, Francia u otros países. Un buen libro portugués es un mirlo blanco en las librerías y apenas se encuentran publicaciones americanas. El número de los compradores de libros es muy reducido y es una costumbre general leer los libros en las librerías y dejarlos allí sin comprarlos.

Tampoco es mejor la situación de las editoriales. Apenas existen editoriales propiamente literarias y ninguna de ellas se compromete a lanzar obras de jóvenes escritores por buenas que sean. En España los escritores que viven de sus propias obras son casos excepcionales.

Darío informa a sus lectores en un espíritu crítico semejante sobre fiestas populares, exposiciones, la situación de la mujer española, la Academia, la religión, etc. Aunque no tiene principios bien definidos y coherentes, su método siempre es idéntico, el de la interpretación histórica y sociológica. La base de su crítica es la convicción de que hay que asimilar los resultados del progreso material y espiritual del mundo y que la democratización de la vida social es una necesidad ineludible.

Darío sabe que las clases dominantes tradicionales serían incapaces de realizar cambios tan trascendentales. Por eso se interesa tanto por el movimiento obrero de Cataluña y por eso confía únicamente en la fuerza creadora del pueblo: "La salvación si viene, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos" (pág. 365).

Sería imposible negar cierta afinidad en la interpretación de la España contemporánea entre el modernista Rubén Darío y la tan careada generación del 98. Coinciden en que la crisis de la vida española se debe a factores históricos y sociales, que la base de una posible "regeneración" es el pueblo y que no hay rasgos de estetismo o de evasión en sus obras frente a los problemas candentes de su tiempo.

Darío censura la España de fines de siglo porque España no se daba cuenta de la gravedad de su propia crisis social y porque no existían las condiciones sociales necesarias para el desarrollo de una literatura verdaderamente moderna. Para él una amplia renovación social significa ante todo la posibilidad de crear las condiciones necesarias para el desarrollo de una aristocracia espiritual bien informada y activa, respaldada por una publicística seria y un amplio público de lectores.

Sería fácil demostrar las inconsecuencias y las contradicciones en las ideas sociales de Darío y ya se ha insistido quizás demasiado en ello. Importaría más destacar los elementos positivos de su visión del mundo contemporáneo para sustituir una interpretación comprensiva y dialéctica de su obra a la imagen antagónica de un Darío que se caracteriza por un americanismo apostólico y, al mismo tiempo, por un estetismo aristocrático³.

Una atenta lectura de *España contemporánea* demuestra que no se debería interpretar literalmente ciertas expresiones típicamente rubendarianas, como cosmopolitismo y "religión de la belleza". El cosmopolitismo no significa para él una ruptura radical y absoluta con el ambiente cultural del escritor sino solamente la superación de sus limitaciones. Tampoco la "religión de la belleza" quiere decir necesaria y exclusiva-

³Mario Rodríguez Fernández ya propuso una síntesis de "interpretación comprensiva y dialéctica" en el nivel de los motivos literarios en: *El modernismo en Chile y en Hispanoamérica*. Santiago de Chile, 1967.

mente una aspiración a expresar la belleza absoluta y abstracta sino una flexibilidad artística y una exigencia de calidad artística superiores a la pálida tradición poética del siglo XIX.

El concepto de modernidad de Darío sería, pues, un concepto mucho más amplio de lo estrictamente literario o podría decirse también que su modernismo literario presupone una modernidad de espíritu, una visión de la problemática del mundo contemporáneo liberada de esquemas tradicionales, una actitud intelectual nueva muy ajena al encerramiento aristocrático con que se suele a veces caracterizarlo. No cabe duda, en cambio, que el concepto de modernidad de Darío carece de un fundamento ideológico sólido y consecuente, o sea se trata en él de una actitud hasta cierto punto instintiva aunque iluminada por una vasta cultura y una excepcional experiencia vital.